

RUFÍAN.

Antes poniendo las manos en la cara, dijo á grandes voces: «¡Ay, que me han muerto!»

MAZALQUIVÍ.

Catalinón por la vida; y vos ¿qué hecistes luego?

RUFÍAN.

Eché mano á mi espada y púseme con firmeza de pies para lo que sobreviniese.

MAZALQUIVÍ.

Eso han de tener los valientes después de haber dado el antuvión, que haya firmeza de pies, porque si no el tal no se puede llamar digno de alabanza, sino de mucha deshonra y infamia y vituperio. Huélgome que váis dando muestras de quien sois. Meté un memorial, que yo os haré mercedes.

Sale un criado de MAZALQUIVÍ.

CRIADO.

Aquí viene un mandil, que quiere hablar á vuesañoría.

MAZALQUIVÍ.

Decilde que entre.

MANDIL.

Aquí vengo que vuesa señoría me dé una plaza de rufián, porque es infamia que un hombre como yo, con tanta porra de barbas, sea mandil tanto tiempo.

MAZALQUIVÍ.

¿Habéis muerto con almarada, dado bofetones á putas, presentes sus jaques? ¿Habéis hecho resistencias, muertos corchetes, y otras cosillas que los tales mandiles están obligados á hacellas?

MANDIL.

Helas hecho y tengo hígados para hacellas, y al que de improviso me ha agraviado, con un jifero que aquí traigo he dado infinitos chirlos, tanto que ya los bravos me temen, prestan y convidan.

MAZALQUIVÍ.

Buenos principios tenéis; huélgome dello. Meté un memorial y se hará justicia.

CRIADO.

Aquí está el secretario de vuesa señoría.

Entra el SECRETARIO con una lámina de bronce y una daga desnuda.

SECRETARIO.

Aquí vengo á que vuesa señoría me diga qué modo de escribir es éste que nos manda con punta de daga en lámina de bronce.

MAZALQUIVÍ.

Tinta y papel es cosa muy femínea para este tribunal, y yo no puedo ver á mis ojos instrumento que ha puesto á tantos en horcas y galeras de nuestra profesión. Escribir con punta de daga en lámina de bronce, es cosa muy útil y provechosa para que queden estampa-

das las hazañas de Mazalquiví y suenen por el orbe.

SECRETARIO.

La Valenciana pide á vuesa señoría que por cuanto ella acudía á su rufo con los gastos ordinarios, y por una ó dos veces que le dejó de acudir, la ha sacado al campo y la ha azotado, de lo cual está á pique de muerte, y pide justicia.

MAZALQUIVÍ.

¡Oh, bellaco! ¿Conde de Carrión te quisiste hacer? Vengan luego dos rufianes, dos mandiles, dos pigetes¹ y sea buscado para que se le dé el castigo que merece.

SECRETARIO.

La Malagueña y la Otóñez, mujeres pasantes como primeras, más para testigos en casos de hidalguía que no para el oficio que ejercitan, piden á vuesañoría que atento que por su edad no lo pueden ganar y vienen á la casa unas mocillas cariestiradillas que ayer iban por aceite y se llevan todo el provecho, y ellas se están papando moscas, que vuesa señoría sea servido de enviar á cada maufia un repartidor para que acuda tanta gente á una parte como á otra.

MAZALQUIVÍ.

Pues las muy torotollonas, ¿audiencia quieren hacer la casa pública? Mañana pedirán sello y registro. Asentad que en eso mando que se tenga el orden que hasta aquí se ha tenido, porque las que profesan este arte se recojan con tiempo, porque eso no es oficio para envejecer en él.

SECRETARIO.

La Salmerona, la mujer más celebrada que ha tenido el manflotisco horizonte, pide á vuesa señoría que, pues por su edad no lo puede ganar, sea servido de dalle una plaza á su rufián.

MAZALQUIVÍ.

Ella tiene mucha razón, que ha sido una singular cabalgadura, mujer de brava carona, no se le ha conocido en todo el discurso de su tiempo tan sola una desolladura, y después de haber tenido una noche más gente sobre sí que tuvo Su Majestad en la toma de San Quintín, estaba para cansar otra tanta bailando.

SECRETARIO.

El Padre de Andújar pide á vuesa señoría que le guarden algunas preeminencias que, por ser antiguo en el oficio, se solían guardar.

MAZALQUIVÍ.

Tiene razón, que es muy grande amigo mío. No se le ha conocido en toda su vida falta de carne en su tajo, y cuando [no] la hay, pone á ganar dos hijas suyas como dos pimpollos de oro.

CRIADO.

Aquí viene el Tributario de vuesa señoría con negocios de guerra, que no sufren dilación.

¹ Más adelante se lee *pagotes*.

MAZALQUIVÍ.

Dile que entre.

Entra el TRIBUTARIO con la espada desnuda.

TRIBUTARIO.

Mazalquiví, ya es tiempo que muestres tu poder contra Andújar y padre della, porque yéndoles á pedir el tributo que tan justamente se te debe, dicen que no lo quieren dar, y que lo vayas á ganar por la punta de la espada, y otras cosas que callo por entender las vengarás.

MAZALQUIVÍ.

Calla, amigo, y más no hables. Baje luego el tercio de la liga, jayanes de Medina del Campo, bisoños de Valladolid, bravos de Madrid y Toledo, gorriones de Salamanca, y vengan luego para que se le dé el castigo que merece á tan infame y mala putería. Y el cielo santo, amigos, me persiga, ó, cual si fuere loco, chiflenme los niños; pepinazos me tiren por las calles, la espada se me caiga cuando riña, la Martínez me niegue sus brazos, si entrare en bodegón, ni pidiere gollerías ni vino de San Martín que yo acostumbro á beber, ni reportare la barba ni el bigote hasta que se le dé el castigo que merece á esta infame y mala putería. Andújar se ha rebelado: ¡Muera Andújar!

TODOS.

¡Muera, muera!

Entranse todos metiendo mano á las espadas, y sale el PADRE de Andújar y las mujeres que hubiere y CARACUEL¹ y un RUFÍAN.

PADRE.

Plegue á Dios que el rumbo que hemos hecho y alboroto que [no] nos salga á la cara.

RUFÍAN.

Ya está hecho. Lo que yo podré hacer es que salgan á ese campo, y uno á uno mantenerles tela.

CRIADO.

Por haber primero comido el pan de vuestas mercedes, les vengo á avisar que se aperciban, que mi amo Mazalquiví viene con gran poder de gente y tiene jurado de no volverse hasta hacer un gran castigo en esta casa.

PADRE.

Pues ciérrense estas puertas y prevénganse las armas y hagámonos á lo alto, que desde arriba más pelea uno que diez.

Sale MAZALQUIVÍ con su campo de rufianes y de mandiles y pagotes y un pendón con el potro y un broquel y las llaves.

MAZALQUIVÍ.

Pare aquí el campo, y vos, Campuzano, id á reconocer el campo.

SECRETARIO.

Ya está, señor, reconocido; y tiene muy poca resistencia por la parte que los mandiles sue-

¹ No se lee en el reparto este nombre.

len saltar cuando son asaltados y acosados de la justicia, y lo ganarás con muy poca resistencia.

MAZALQUIVÍ.

Pues plántese ahí la artillería y téngase la orden que hasta aquí se ha tenido mientras yo desafío y reto esta canalla.

A ti, padrecillo infame,
á quien todo el mundo suele
llamarle padre de putas,
pues que putas hijas tienes,
yo te desafío y reto
una vez y muchas veces
á ti y á los rebelados,
pues me negáis lo que deben;
y lo que conmigo usáis
á guisa de maganceses
en negarme mi tributo,
es mal hecho y todos mienten.
Reto de aquesos jayanes
las espadas, los broqueles,
los votos, los juramentos
que han echado muchas veces,
y de aquesas religiosas
los verdugados, copetes,
los trincaderos, las camas,
con que tanto á Dios se ofende.
¿Por qué aquesto se dilata?
Ea, belicosa gente,
¿qué hacemos?, ¿á qué aguardamos?
Este castigo se empiece.

EL PADRE DE LA PUTERÍA.

Ten, señor; no hagas tal,
te rogamos por quien eres,
misericordia pedimos,
de nosotros te condeue,
porque estando congregados
una noche, no de *requien*,
sino de muy *gloria Patri*,
muy de taza y de pebete,
estando en [la] compañía
hasta diez y nueve ó veinte,
con nubes en las cabezas
y nublados en las sienas,
dimos aquella respuesta
que aquí ha podido traerte.
Misericordia pedimos,
entra y haz lo que quisieres.

CARACUEL.

Yo, Domingo Caracuel,
le ruego y pido que cese
toda aquesta pesadumbre
que contra nosotros tiene,
y en señal de sujeción,
le doy las llaves, que puede
con facilidad entrar
y hacer lo que quisiere.

MAZALQUIVÍ.

¿Qué os parece que hagamos
destos tristes?

SECRETARIO.

Haz, señor, lo que quisieres.

QURCIO.
 Á tu señora con uno y en la cama.
 ALBERTOS.
 Pues ¿de eso se espanta? Y ¿tanto grita para eso?
 QURCIO.
 Pues ¿no la ha de haber?
 ALBERTOS.
 Como esas veces la he visto yo y callo. Mire que debe de ser el duende.
 QURCIO.
 Esto se ha de remediar; que no es, que lo vide yo, que era hombre.
 ALBERTOS.
 Pues ¿hay duendes hombres?
 QURCIO.
 Agora bien, hijo; aquí va la honra. Entra allá dentro y sácame la espada y el casco y la rodela, que ha de morir hoy á la vista, doña Filipina, así.
 ALBERTOS.
 No entraré allá; ¡pardió!
 QURCIO.
 ¿Por qué? Anda, hijo, y ve quedo, que no te sientan.
 ALBERTOS.
 No iré ¡pardió! Cosa que la deje á ella y venga tras de mí; ¡dolo al diablo!
 QURCIO.
 Que no hará; anda vé y ayúdame.
 ALBERTOS.
 ¿Yo voy?
 QURCIO.
 Presto, hijo.
(Éntrase ALBERTOS y sale luego, y dice):
 ALBERTOS.
 ¿Por qué voy?
 QURCIO.
 Por el casco y el espada y la rodela.
 ALBERTOS.
 ¿Y hase de armar?
 QURCIO.
 Sí, anda; vé presto.
 ALBERTOS.
 Y luego después que se arme, ¿qué ha de hacer?
 QURCIO.
 Matallos. Anda, ve presto, antes que se salga.
 ALBERTOS.
 Y ¿los ha de matar?
 QURCIO.
 Sí, matallos.

ALBERTOS.
 Que no hará; no haya miedo que ellos mueran.
 QURCIO.
 Anda hijo, presto, por amor de Dios.
(Éntrase ALBERTOS y sale con la rodela y el casco y el espada, y huyendo, y da una caída, y dice):
 ALBERTOS.
 Válate el diablo por duende, y qué te toma.
 QURCIO.
 Daca acá, hijo; ¿y qué viste?
(Toma el casco, y póneselo, y el espada y la rodela.)
 ALBERTOS.
 Ea, acabe ya, que no es menester ya.
 QURCIO.
 ¡Cómo! ¿Vístelo tú también?
 ALBERTOS.
 Ya han acabado; mire que es el duende.
 QURCIO.
 ¿El duende?
 ALBERTOS.
 El duende.
 QURCIO.
 Qué, ¿lo viste tú que era duende?
 ALBERTOS.
 Sí que era duende, y así estaba atacando, y como vido que lo había visto, tiróme medio ladrillo y yo eché á huir.
 QURCIO.
 Agora bien, vamos, hijo allá, y lo veremos.
 ALBERTOS.
 ¡Pardiós!, tal no vaya.
 QURCIO.
 Ea; ven, hijo; ten ánimo.
 SACRISTÁN.
(Dentro.) Señora: vuestro marido nos ha visto y es menester remediallo; yo quiero salir, y si yo hablare con el duende, respondéme vos.
(Dice la mujer.) Norabuena.
 Sale el SACRISTÁN con el libro abierto y el hisopo en la mano, y diciendo así, y echando agua bendita:
 SACRISTÁN.
Asperges me domine hisopo et nundabo lavavime, super nivem dealbabor.
 ALBERTOS.
 He aquí el duende.
 QURCIO.
 ¡Ay, hijo!, que es el sacristán. ¿No le ves?
 ALBERTOS.
 Sí; pues es duende sacristán.
 QURCIO.
 ¡Hay tal maldad! ¿Y qué hacíais vos en casa?

QURCIO.
 ¿Pues qué se ha de quemar?
 SACRISTÁN.
 El pajar viejo, adonde habita el duende.
 QURCIO.
 Pues si se ha de quemar el duende, quémese el pajar, que más quiero que se quemé que no tener cada día esto.
 SACRISTÁN.
 Pues alto: quémese.
 FILIPINA.
 Pues venga vuesa merced, que yo le daré lumbre.
 SACRISTÁN.
 Vamos.
 QURCIO.
 Andá, señora, y enseñadle.
(Éntrase el SACRISTÁN y ella allá dentro, y hacen fuego y sale dando gritos ella.)
 FILIPINA.
 ¡Ay, amarga de mí!, que se quema toda la casa y mi hacienda. ¡Socorro, señores, fuego!
 QURCIO.
 ¿Qué es esto, señora? Decid.
 ALBERTOS.
 No debió de encender el fuego bien.
 QURCIO.
 Decí, señora: ¿qué es esto?
 FILIPINA.
 ¡Ay, amarga de mí! ¡Que se quema la casa y la hacienda! ¡Socorro!...
 QURCIO.
 ¡Ay, desdichado de mí! ¡Socorro, que se quema mi hacienda!
(Entran por una parte y salen por otra y empiezan á matar el fuego y á sacar ropa, y vienen vecinas y hay grande alboroto, y hacen fuego siempre y éntrase allá y sale el SACRISTÁN y FILIPINA.)
 SACRISTÁN.
 Anda, mi vida; que agora es tiempo.
 FILIPINA.
 Vamos, vamos.
(Éntrase allá dentro y salen todos dando voces y los vecinos, y sale ALBERTOS y dice con un gato en las manos):
 ALBERTOS.
 ¡Fuego, fuego, socorro, que no se ha quemado todo!
 QURCIO.
 ¿Qué es, hijo, has visto á tu ama? ¿Qué traes ahí?
 ALBERTOS.
 El gato, que pardiós que, si no le socorro, que se quema todo.
(Suelta el gato, y ALBERTOS quiere ir tras del y llámalo su amo, y dice así):
 QURCIO.
 Deja el gato, hijo, que no importa nada.

ALBERTOS.
 Estaba dándole con el hisopo á mi ama.
 SACRISTÁN.
 Señor Qurcio, vuesa merced sepa que yo he venido y me han hecho venir.
 ALBERTOS.
 Eso mi ama lo haría.
 SACRISTÁN.
 Su mujer de vuesa merced me ha llamado para que le bendiga la casa por amor del duende, y yo lo he hecho así.
 QURCIO.
 ¿Es posible? Salga, doña Filipina, que tengo de saber la verdad.
(Da una voz su mujer como duende, y sale ella destocada y dando voces, y dice):
 FILIPINA.
 ¡Ay, amarga de mí! Que me ha de parar así el duende cada día y que no me mude yo desta casa.
 QURCIO.
 ¡Ay, doña Filipina, ay! ¿Qué es esto?
 FILIPINA.
 Calla, mal hombre, que por estar yo en esta casa me pára desta manera el duende cada día.
 ALBERTOS.
 Agora que se ha holgado con el duende, se quiere ir desta casa.
 QURCIO.
 Pues ¿qué tengo de hacer? Decí, señora.
 SACRISTÁN.
 ¿Qué?... Mudarse.
 QURCIO.
 ¿Pues no ve vuesa merced que es mía esta casa y que no será razón que, teniendo casa mía, ande con casa de alquiler.
 ALBERTOS.
 Yo haría otra cosa.
 QURCIO.
 ¿Y qué es?
 ALBERTOS.
 Quemalla para que se quemé el duende, porque no vaya tras de nosotros.
 SACRISTÁN.
 Bien dice; pero no sea toda.
 QURCIO.
 ¿Y se quemará el duende?
 SACRISTÁN.
 Sí, señor.
 QURCIO.
 ¿Pues tengo de quemar mi casa por un duende?
 SACRISTÁN.
 No se ha de quemar toda.

ALBERTOS.
No importa, ¿y si se quema?

QURCIO.
¿Has visto á tu ama, hijo; dí?

ALBERTOS.
Pardiós, que se debe de haber quemado.

QURCIO.
¡Quemado! Qué ¿es posible?

ALBERTOS.
Ella y el sacristán se debieron de quemar, pues no parecen.

QURCIO.
Sin duda es que por guarecer la hacienda se metería en medio del fuego.

ALBERTOS.
Yo bien sé dónde la podrías hallar sin falta.

QURCIO.
¿Adónde, hijo?

ALBERTOS.
En el campanario.

QURCIO.
¿Pues cómo! ¿Qué ha de hacer allá?

ALBERTOS.
Sepa que como se quemó, se hizo humo, y el humo se sube por alto y el campanario es alto, y ella era amiga del sacristán y se entraría allá á guarecer.

QURCIO.
Calla, que quizá está en casa de algún vecino; vamos, pues, que ya no hay fuego, y metamos esta ropa que nos queda.

ALBERTOS.
Vamos, que ella parecerá al tercer día como ahogado.

(*Éntranse allá dentro, con que se da fin.*)

18

IX.—Entremés entre un muchacho, llamado Golondrino, y de dos amigos suyos llamados Garnica y Zaballos, y de doña Calandria, amiga del Golondrino, y Vicente, aragonés y rufián, y de Ángela, zamorana amiga del rufián.¹

Entran el GOLONDRINO y ZABALLOS y GARNICA.

GARNICA.
De manera, Golondrino, que hubo tan buen juego como eso.

¹ Bib. Nac. Manuscrito de tres hojas, letra de fines del siglo XVI. Signatura 15.518 17.

GOLONDRINO.
Señor, sí; y holgáranse vuestas mercedes de habello visto.

ZABALLOS.
Yo fuí convidado para ello y entré en una casa de juego, adonde perdí el dinero que llevaba, y dejé de gozar de un rato tan bueno como ese.

GARNICA.
Señor, ¿y qué hubo y quién jugó?

GOLONDRINO.
Mucha gente hubo, y toda ó la más conocida, y á fe toda buena gente, y halláronse mastre Pedro, el Zurdo; y Segovia, el Jerezano, y Diego de la Hoz, el Granadino, todos maestros de las armas, y Trujillo, el diestro, cuyo era el arnés.

ZABALLOS.
Buena gente es toda esa y quentienden bien el arte militar de las armas.

GARNICA.
Buena por cierto: ¿y quién jugó con quién?

GOLONDRINO.
Diré de los que me acordare, porque fueron muchos. Para hacer lugar principió el juego el maestro Trujillo, tomó el montante y jugó seis levadas extremadas, mastrepdro y Diego de la Hoz tomaron espadas solas, y habiendo jugado diestramente ambos, salió Diego de la Hoz y entró Segovia, entre los cuales hubo, entre burlas y veras, no sé qué chicharraos.

GARNICA.
Eso sería de ver.

GOLONDRINO.
Sí era; mas no pasó adelante, porque el maestro Trujillo los hizo asentar á ambos, y de allí se empezó á avivar el juego entre otros muchos que jugaron. De los conocidos fueron: Salmerón y Avilés, Zamora y Castillo, el alférez Cruzado y el sargento Quintanilla, Pérez y Tolo-meo, Carrasco y Castañeda, que á fe que todos á una mano jugaron bien.

ZABALLOS.
Yo lo creo, que toda esa es gente diestra.

GARNICA.
¿Y qué géneros de armas jugaron?

GOLONDRINO.
Espadas solas, espadas y rodelas, espadas y dagas, espadas y broqueles.

ZABALLOS.
Bueno, por mi vida. ¿Y quedaron algunos reñidos ó amotinados, porque de semejantes cosas nacen grandes enemistades, ó qué fin tuvo el juego?

GOLONDRINO.
Ese hube de dar yo con pesadumbre.

GARNICA.
¿De qué manera?

GOLONDRINO.
Porque habiendo sido importunado de todos los del juego que jugase, no lo había querido hacer por saber cuán desgraciado soy en el juego, pues jugando una vez en Guadalajara saqué á uno un ojo, en Valencia maté á otro y en Zaragoza descalabré al maestro.

ZABALLOS.
¡Válame Dios! ¿Es para mañana?

GOLONDRINO.
Pues ¿de qué se espanta?

ZABALLOS.
Pues ¿no quiere vuesa merced, señor Golondrino, que mespante de ver tantas desgracias que no aguardaba sino cuando habie de decir que habré muerto medio mundo? ¡Jesús, Jesús!

GOLONDRINO.
¡Válame Dios y qué espantadizo que es, y qué milagrones que hace! Pues sepa que lo sé hacer con la prieta y mejor con la blanca; y si no fuera tan mi amigo, ya le hubiera hecho entender esto con menos palabras.

GARNICA.
Señor Golondrino, que no lo dijo el señor Zaballos por tanto.

GOLONDRINO.
Señor Garnica, que dígallo por lo que quisiere, que quiero que sepa que soy hombre donde hubiera hombres.

ZABALLOS.
Yo lo creo ansí.

GOLONDRINO.
Pues créalo, y si no busque el tratadillo de mis cosas, donde hallará proezas hechas por estas manos que no las hicieron los doce pares de Francia ni los grecianos en Grecia.

ZABALLOS.
Todo eso sé muy bien y vuesa merced me perdone si erré.

GOLONDRINO.
Cúbrase vuesa merced, y quiero que sepa que no sufro burlas.

GARNICA.
Ahora, señor Golondrino, tornando á nuestro juego: ¿en qué paró?

GOLONDRINO.
Como digo, señor, dejé la blanca y tomé la prieta y una daga que también estaba allí, y en el puesto estaba el alférez Escalante. Víno-se para mí de firme á firme; víome abierto para él, acométeme á la vista, trueco y saco de tajo, y quieren decir que le dí un cintarazo por la cara, de lo que él se picó. Suelta la prieta y arremete á la blanca, y yo, que no fuí nada perezoso en hacer lo mismo, hubo una herrería del diablo. Metiéronse muchos de por medio, y al fin hiciéronnos amigos y acabóse el juego.

GARNICA.
Digo que ha estado extremado el principio, medio y fin del juego, y que me holgara hallarme allí para en esa ocasión hallarme á su lado de vuesa merced.

GOLONDRINO.
No fué menester, porque no hicieron poco todos en detenerme sin darme el pago de semejante atrevimiento.

ZABALLOS.
Ahora, señor Golondrino, dejando esto aparte: ¿qué hace mi señora doña Calandria?

GOLONDRINO.
Déla vuesa merced al diablo; no me la nombre, por su vida.

GARNICA.
¡No! Pues, ¿por qué? ¿Qué novedad hay?

GOLONDRINO.
Señor, despedíla.

ZABALLOS.
Pues, ¿por qué, qué hizo?

GOLONDRINO.
Señor, tocó en zaína, y por eso la eché de mi servicio.

GARNICA.
Pues, ¿qué pudo hacer? Que con castigalla de palabras ó de obras, ¿no fuera bastante sin despedilla?

GOLONDRINO.
No, señor; sepa vuesa merced que al día de hoy no hay peor castigo para una mujer que dejalla y no hacer caso della, porque desta manera ella se queda muriendo y el hombre no toma ninguna pesadumbre dándole.

Entra el RUFÍAN, dándole su amiga de cintarazos.

RUFÍAN.
Anda, que te coseré las nalgas á puñaladas.

ÁNGELA.
Estad quedo, Vicente Aragonés, que no sé lo que os decís.

GOLONDRINO.
Oigan vuestas mercedes, ¿qué gente es ésta? Estemos á la mira.

RUFÍAN.
Pues, ¿soy mona? Vílo yo ¿y niégaslo?

ÁNGELA.
¿Qué vistes? Déjame, mal hombre.

RUFÍAN.
¿Quién era aquel candilejo con quien estabas?

ÁNGELA.
¿Yo? Librada sea yo del diablo, ¡Jesús!

RUFÍAN.
¿Qué de doce reales que tenías hoy?

ÁNGELA.
Yo no tenía doce reales ningunos.

RUFÍAN.
¿No? Pues, bizmaca, dárme los tienes ó el alma.

ÁNGELA.
¡Ay, ay, que me mata!

GOLONDRINO.
Lleguemos, que ya no es de sufrir esto. Teneos, hombre.

RUFÍAN.
Mocito, andá con Dios, que os darán con algo.

GOLONDRINO.
¿Oigan al borracho! ¿Con qué me ha de dar, que le desharán la cara?

RUFÍAN.
Guarda, ladrón, que te mataré.

GARNICA.
Teneos, Golondrino, que no conocéis el hombre con quien reñís.

GOLONDRINO.
Guárdese vuesa merced, señor Garnica.

ZABALLOS.
Señor Golondrino, déjelo estar.

RUFÍAN.
Tente, Golondrino, que te llama la muerte.

GOLONDRINO.
Calla, fanfarrón, que estás hecho un cuero.

GARNICA.
Ahora, señor Golondrino, sepamos qué es esto ó por qué llora esta mujer, y vos reportaos.

GOLONDRINO.
¿Qué habéis hecho, señora? ¿Por qué os da este hombre?

ÁNGELA.
No sé, señor; más de que porque se le antoja hace esto.

ZABALLOS.
Señor, esta debe de ser amiga deste hombre, y sobre el pedille de la cuenta debe de ser esto. ¿Es verdad esto?

RUFÍAN.
Sí, señor.

ÁNGELA.
No es, señor, sino sobre que ha muchos días que le digo á ese hombre que se vaya con Dios y me deje, y no quiere.

GOLONDRINO.
¿De manera que vos no queréis su amistad y él quiere por fuerza que seáis su amiga?

ÁNGELA.
Sí, señor.

GOLONDRINO.
Pues, ¿qué daríades vos á quien os sacase de su poder?

ÁNGELA.
Servilde ya toda mi vida.

ZABALLOS.
Yo desde aquí la aceto, questoy güerfano.

GOLONDRINO.
Pues alto, desde hoy en adelante servís al señor Zaballos, ques hombre que lo merece y mirará por vos. ¿Qué decís? ¿Queréislo vos?

ÁNGELA.
Yo, sí señor.

GOLONDRINO.
Y vuesa merced, ¿es contento?

ZABALLOS.
De muy buena gana.

RUFÍAN.
Oigan, oigan; pues este señor, ¿qué facultad tiene que así cosa y descosa?

GOLONDRINO.
No más que ser mi voluntad; y vos, idos á servir un amo ó aprender un oficio.

RUFÍAN.
Oiga, oiga, vuesa merced...

GOLONDRINO.
Haga lo que le digo y no me hable más, que me enojaré.

GARNICA.
Acabe, acabe, haga lo que le dicen y serle ha sano.

RUFÍAN.
Pare, ¿no sabríamos por qué causa he de ir, ó quién es su merced que me lo manda?

GOLONDRINO.
¿Quién quiere que sea? El diablo soy: ¿qué hay para ello?

RUFÍAN.
No, nada; más de que de mala gana hago lo que los diablos me mandan.

GOLONDRINO.
Pues esta vez lo ha de hacer.

RUFÍAN.
Sea así. Quedá con Dios, Ángela.

ÁNGELA.
Mire, señor, que tiene en su poder mis dos camisas y una gorguera; háganle que me las traiga.

RUFÍAN.
Eso que me place.

ZABALLOS.
Señor, eso no, que se irá y no volverá.

GOLONDRINO.
Pues para eso buen remedio: deje prendas de que volverá.

RUFÍAN.
No las tengo.

GOLONDRINO.
Pues búsquelas.

Entra Doña CALANDRIA buscando á GOLONDRINO.

DOÑA CALANDRIA.
Tomá escarmiento, mujeres; escarménta en mí las que sois heridas del dios Machín. ¡Mal haya la mujer quen los hombres fia!, pues que á cabo de haber yo servido á Golondrino seis años y de habernos traído en quisiones y pendencias, agora me ha dado el pago, que sin habelle hecho nada, me ha dejado. Voile á buscar para acabar de desengañarme.

ZABALLOS.
Señor Golondrino, ciertos son los toros; hacerse tienen las amistades.

GOLONDRINO.
Dela vuesa merced al diablo.

GARNICA.
Las de mi señora doña Calandria.

DOÑA CALANDRIA.
¡Oh, señor Garnica!, yo las de vuesa merced.

GARNICA.
¿Qué pesadumbres son estas con el señor Golondrino?

DOÑA CALANDRIA.
¡Ay, señor, no lo sé!, más de que me tiene golondrinado el corazón.

GARNICA.
¡Bueno, bueno, por mi vida! ¿Le quiere vuesa merced?, que allí está el señor Golondrino con una dama, y háganse estas amistades.

DOÑA CALANDRIA.
¿Con dama! ¿Y quién es la muy puta?

(Arremete con la otra y andan al pelo, y todos á tenella.)

ZABALLOS.
Guárdese vuesa merced de mí; ¿qué disparate es este, questa mujer es cosa que me toca?

DOÑA CALANDRIA.
Así, andacá, ladrón, que mientras yo viviere no ha de reinar otra en tu reino.

GARNICA.
Hágalo vuesa merced por esta vez.

GOLONDRINO.
Hacerlo he por mandármelo vuestas mercedes; y vuesa merced, señor Zaballos, encárguese de esa mujer y cobre esa ropa de ese hombre.

RUFÍAN.
Señor Golondrino, pues que sabe qué cosa es amor y qué es querer bien, así goce vuesa merced desta mujer, á la cual tomé por terce-

ro, que no permita dejarme desconsolado. Yo quiero bien á esta mujer, con la cual á la vejez me pienso casar con ella; mande que se quede conmigo por esta vez, por amor de Dios.

DOÑA CALANDRIA.
Sí, por tu vida; duélete del pobreto questá rendido.

GOLONDRINO.
Á mí, como el señor Zaballos y ella quieran, sea norabuena.

ZABALLOS.
Yo, señor, como ella quiera, de buena gana.

ÁNGELA.
Pues yo, señores, como él me trate bien, y con la esperanza de que he de ser su mujer, y por no perder diez años de servicio, soy contenta.

GARNICA.
Pues desa manera para en uno son, vayan norabuena.

RUFÍAN.
Andacá, zurróna mía, que á todos vientos te mudas. *(Váuse.)*

DOÑA CALANDRIA.
Pues, señores, vamos todos á mi casa, adonde se hará la razón en regocijo destas amistades.

TODOS.
Vamos. *(Éntranse los hombres.)*

DOÑA CALANDRIA.
¿Veislo que amaño es? El diablo me lleve si no me muero por él, y alábase que hay más de ciento en el corral que lo han deseado esta tarde. ¿Esto no es verdad? Sí. Pues ¿qué hacéis, cuitadas? Quedad con Dios.

19

X.—Segundo entremés del Testamento de los ladrones.¹

FIGURAS

OLIVARES y EL OTRO, tres POBRES, el HUÉSPED y la HUÉSPEDA, el ESCRIBANO y el DOCTOR, un BOTICARIO, el SACRISTÁN, una MADRE y una HIJA.

OLIVARES.

¿Qué le parece al muy ladrón deste enfermo que he hecho?

EL OTRO.

Y al ladrón, ¿qué le parece del ermitañito?

¹ Bib. Nac. Manuscrito C.-Fol. I-3; tres hojas, á dos columnas, letra del siglo XVI. Publicóse por primera vez en la *Revista de Archivos*, número correspondiente al mes de Noviembre de 1902.

No conocemos la primera parte de este entremés, que suministraría los antecedentes necesarios de esta pieza.